

ARMANDO CUEVAS

ABISAL

*En mitad del océano,
a dos mil metros de profundidad,
no existe lugar adonde huir*



Primera edición digital julio 2018
Primera edición impresa julio 2018

2018 © ABISAL

2018 © Armando Cuevas Calderón

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro para cualquier medio, incluido el electrónico, sin autorización escrita del autor.

Los personajes y lugares que aparecen en esta publicación, salvo los que son de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Diseño de cubierta por Armando Cuevas Calderón.

ABISAL: A dos mil metros de profundidad, no existe lugarArmando
adonde huir (Spanish Edition) Cuevas

*Dedico este libro a todas aquellas personas con
talento cuyo objetivo en la vida no es la riqueza ni el po-
der, sino lograr hacer de nuestro mundo un lugar mejor
donde vivir.*

*En su mundo de oscuridad total, los ojos y la boca
son un órgano que salta hacia delante para morder con
dientes transparentes...*

William Burroughs

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

LA LISTA

NATSUKI

VÍCTOR

CALMA CHICHA

UN MAL PÁLPITO

BATISCAFO

PROBABILIDADES

SEGUNDA PARTE

EL DESCENSO

UTOPIA

UN LUGAR DONDE APARCAR

S.U.S.I.

DIQUE INUNDABLE

LA SALA NEGRA

PASANDO EL RATO

RECAPITULEMOS

LAS IMÁGENES NO MIENTEN

VEINTICUATRO HORAS, NI UNA MÁS

TERCERA PARTE

NUEVAS ESPECIES

JESSICA RABITT

COBARDES

SENTIDO DE CULPABILIDAD

UNOS PUNTOS DE SUTURA

TODOS HUÉRFANOS

OLOR A MUERTO

UN MAL DESPERTAR

CUARTA PARTE

DE AQUÍ PARA ALLÁ

¿A QUÉ NOS ENFRENTAMOS?

ESTOY BIEN

EL DEVORADOR DE ARAÑAS

NICOTINA

SIN BROMAS

UN PLAN DE MIERDA

UN TRAJE A MEDIDA

IMPREVISTOS

UN PASEO POR LAS PROFUNDIDADES

A OSCURAS

A o B

SACRIFICIO

EL CUARTO PODER

MADRES

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

OTROS LIBROS DEL AUTOR

PRÓLOGO

Un sonido electrónico hizo vibrar el suelo durante unos segundos.

Los focos exteriores de la estación subacuática se encendieron horadando la oscuridad. El paisaje que se dibujó era fantasmagórico, de un color ceniciento, con ausencia de vegetación, tan yermo como una llanura apocalíptica. La luz convirtió el zooplancton en diminutos copos de nieve mecidos por una tormenta raquítica. El espectáculo era hipnótico. Un pez de cuerpo alargado, casi transparente y de grandes mandíbulas dentadas, zigzagueó indiferente frente a la pequeña ventana de acrílico óptico, y luego desapareció engullido por la espesa y tenebrosa inmensidad del océano.

Unos pasos apresurados resonaron contra las paredes metálicas del largo corredor curvo, iluminado por unos puntos de luz a ras del suelo. Un hombre corría con desesperación. Cada vez que pasaba delante de una de las ventanas, su bata blanca refulgía gracias a la claridad proveniente del exterior. Era menudo, con un cuerpecillo casi infantil, amplias entradas y un pelo ralo que le caía sobre los hombros. Jadeando, sin dejar de mirar atrás, el hombre fue bajando el ritmo de su carrera hasta detenerse completamente exhausto. Con la respiración entrecortada, tragando saliva con dificultad y em-

papado en sudor, se apoyó en la pared de acero reforzado y miró a través de la ventanilla circular de veinte centímetros de espesor. El frío del océano se transmitió a su frente y se sintió reconfortado. Se ajustó las pesadas gafas de concha y aguzó el oído.

Nada, silencio.

Permaneció un par de minutos recuperando el aliento, sin dejar de observar el exterior, absorto en aquel horizonte acuático. Cuando se sintió con fuerzas, separó la cara del plástico helado y miró hacia la penumbra amenazadora que dominaba el corredor. Contuvo el aliento y volvió a escuchar con suma atención, la vida le iba en ello.

Nada, silencio.

Por fin se atrevió a reanudar la marcha. A lo largo del pasillo de sección circular se abrían pequeñas ventanas cada cinco metros, iguales a la que se había asomado. No se entretuvo más. No volvió a mirar al exterior. Hizo un rápido cálculo mental y determinó que le quedaba poco para llegar al Nodo Sur. Desde allí tomaría el Pasillo Sur y éste lo llevaría hasta el Soma, el centro de la estación. Pronto estaría a salvo. Trató de mantener la calma. No lo consiguió. Las manos le temblaban cuando llegó a la puerta que unía el pasillo con el Nodo Sur. Era gruesa y grande, y con código de apertura. Tecleó en el panel digital esperando escuchar el sonido hidráulico que la abría, pero éste no se produjo. Volvió a hacerlo. En el panel apareció un mensaje en letras rojas.

CÓDIGO ERRÓNEO.

Probó dos veces más, tres, cuatro...

—¿Qué demonios pasa, Susi?

Gritó con desesperación, mirando al techo.

—¡Susi, te estoy hablando!

«Perdón. ¿Es usted el doctor Melek?».

Respondió por fin una voz de mujer.

—Sí. Quiero acceder al Nodo Sur y la puerta no se abre.

La voz femenina volvió a resonar contra las paredes, parecía provenir de todos lados.

«Ahora lo veo. Está sudando a pesar de que la temperatura es de 22°. Y percibo en su voz un cierto tono de nerviosismo. ¿Se encuentra bien?».

—Perfectamente —contestó, con la vista fija en la cámara situada en una esquina del techo—. Sólo quiero abrir esta maldita puerta.

«Entiendo. Déjeme comprobar algo».

Y al instante continuó.

«Me temo que el código de apertura se ha cambiado hace cinco minutos. Usted está usando uno obsoleto. Tendrá que conseguir el nuevo introduciendo su clave personal en el panel».

—¿No puedes abrirme tú?

«Ya sabe que no, doctor Melek, hay que seguir el protocolo».

—¡Maldita sea!

Cada vez más alterado, el hombre se dirigió de nuevo al panel y, con dedos trémulos, comenzó a teclear.

La secuencia de números y letras era muy larga, y se equivocó varias veces. Finalmente, consiguió entrar en el menú principal para solicitar el nuevo código. El procedimiento era minucioso y lleno de pasos, y los nervios no ayudaban.

Un ruido a su espalda lo hizo volverse como un rayo: la puerta al final del pasillo que acababa de recorrer, se abría. Con auténtica desesperación regresó la vista al panel y leyó:

SU NUEVO CÓDIGO SE ESTÁ GENERANDO.
NO SE RETIRE.

EL PROCESO DURARÁ UNOS SEGUNDOS.

Se escucharon unos pasos. No eran rápidos, indicaban un andar pausado. El doctor Melek se volvió de nuevo y lo vio. Aún no había llegado a la altura donde se ubicaba ninguna ventana y estaba sumido en las sombras; sin embargo, no le hizo falta distinguir su rostro para saber de quién se trataba. El hombre que se acercaba también vestía bata blanca, aunque con múltiples salpicaduras, y llevaba algo en la mano derecha. Paralizado por el terror, el doctor Melek continuó con la mirada clavada en él hasta que llegó al ventanuco circular y la luz proveniente de los focos exteriores lo iluminó; entonces no tuvo ninguna duda: las salpicaduras eran de sangre y lo que colgaba de su mano era una enorme hacha.

Un pitido hizo que se volviera hacia la pantalla digital. Unas letras verdes parpadeaban.

SU CÓDIGO VA A GENERARSE.

—¡Vamos, vamos! —musitó, aferrado al panel.

RECUERDE QUE SI INTRODUCE ERRÓNEAMENTE EL CÓDIGO TRES VECES, DEBERÁ REPETIR EL PROTOCOLO PARA SOLICITAR UNO NUEVO.

—¡Sí, joder! ¡Lo sé! ¡Lo sé!

SU NUEVO CÓDIGO ES EL SIGUIENTE.

TOME NOTA.

AF36GK

—AF36GK —repitió, memorizando.

Los pasos detrás de él continuaban con la misma cadencia: pausados pero constantes. Ya lo tenía encima.

—A —repetía mientras tecleaba—, F, 3, 6...

No pudo pulsar la G.

Un golpe terrible de hacha le seccionó la mano derecha a la altura de la muñeca antes de rebotar en el lateral de la pantalla digital.

—¡Agrrrr! —gritó el doctor Melek, absorto en el chorro de sangre arterial que salía de la herida como un surtidor.

—Nuestro fluido vital —oyó decir al hombre, señalando el charco rojo y brillante que se iba formando en el suelo.

—¡Está loco! —farfulló el doctor, agarrándose el muñón.

—¿Loco? Tiene gracia que digas eso. ¿Adónde vas?

Trastabillando, dejando un reguero de sangre a medida que se alejaba, el doctor caminó por el pasillo. El hombre lo observó hasta que lo vio detenerse frente a una de las pequeñas ventanas.

—Ah, entiendo, un ataque de nostalgia. Puedes echar un vistazo fuera, no tengo prisa.

El doctor Melek habló sin girarse, absorto en el océano profundo.

—Será inútil.

—No lo será. Os mataré a todos —respondió el hombre, endureciendo el tono.

Las fuerzas le fallaron, y el doctor terminó hincado de rodillas junto a la pared de acero. El hombre se acercó y lo miró como si lo viera por primera vez en su vida, aunque llevaban trabajando juntos más de un año.

—Será rápido. Sentirás algo parecido a un destello luminoso. Luego, nada. Al menos eso dicen.

Levantó el hacha con ambas manos y calculó la trayectoria.

—¡Espere, no lo haga! —suplicó el doctor, con los ojos encharcados en lágrimas.

—Buen intento —dijo el hombre, socarrón, antes de descargar un terrible golpe que consiguió que la pesada hoja de acero se chavara profundamente en su cabeza, produciendo un ruido seco y definitivo.

De inmediato, un coro de gritos lejanos y lastimeros resonó contra las paredes de acero durante unos segundos para luego extinguirse.

Con decisión —después de mover la cabeza de un lado a otro, haciendo crujir las vértebras cervicales igual que haría un púgil antes de afrontar un nuevo *round*—, el hombre arrancó el hacha incrustada en la cabeza del doctor Melek y se marchó por donde había venido.

ABISAL: A dos mil metros de profundidad, no existe lugarArmando
adonde huir (Spanish Edition) Cuevas

PRIMERA PARTE

1

LA LISTA

Una semana después. Washington D.C. EE.UU.

El sol caía en el horizonte y su luz ambarina se reflejaba en las tranquilas aguas del río Potomac. Asomado a la ventana del último piso del edificio Gretel, Marc Clayton, director general de la Corporación NeWorld, observaba el bellissimo espectáculo con los ojos entornados y la cabeza a mil por hora. No era un hombre al que la presión afectara demasiado, ni se bloqueaba ante las dificultades —no habría llegado tan arriba si así hubiera sido—, sin embargo, aquella tarde estaba especialmente intranquilo. Y no era para menos, un alto cargo militar estaba llegando y sabía por experiencia cuánto se complicaban las cosas cada vez que un uniforme aparecía para meter las narices en sus asuntos.

Clayton estaba solo en su enorme despacho, decorado por su *exmujer* en un estilo extremadamente minimalista: pocos muebles, líneas rectas y colores pastel combinando los beis con los azules claros. En las paredes, prácticamente vacías, colgaban dos cuadros: en el lado derecho un *Christopher Wool* de dos por dos metros, lleno de manchurroneos grises y curvas en negro, que siempre le pareció una tomadura de pelo; y un *Gerhard Richter* en el izquierdo, de igual tamaño pero

llo de vivos colores. Éste sí le gustaba. Lo eligió personalmente. Le costó una fortuna, pero sabía que además de alegrar el despacho supondría una magnífica inversión a largo plazo; asunto ése fundamental para Clayton, ya que antes que científico era un hombre de negocios. De hecho, hacía tanto tiempo que no ejercía como biólogo, que a veces le costaba recordar sus años de investigador, cuando era un joven entusiasta lleno de ganas por hacer cosas importantes. Y las hizo, pero no manejando microscopios, pipetas o placas de *Petri*, sino ascendiendo poco a poco hasta llegar a lo más alto de la Corporación NeWorld. Debió renunciar a muchas cosas para lograrlo: amigos, compañeros, novias, familia... Si quería ascender tenía que ser implacable, y consideró que cualquier sentimiento representaría una carga que lo debilitaría. Y lo consiguió a fuerza de tenacidad y falta de escrúpulos: a los cuarenta y cinco años ya era subdirector y cinco años después, director general.

Dejó de mirar por el ventanal y paseó por su despacho. Clayton medía un metro ochenta, era delgado y siempre lucía un perfecto bronceado. Aunque sus ojos demasiado juntos, sus labios estrechos y su falta de mentón lo alejaban del canon de belleza masculina, su porte y elegancia le hacían un hombre atractivo. Siempre vestía trajes Armani, camisas *Charvet* de algodón fino, corbatas *Drake's* de seda y zapatos *Santino* hechos a medida.

En un momento dado se detuvo en una esquina, frente a una sencilla pero carísima vitrina donde se exponían una serie de objetos sin una relación aparente: un casco de bronce griego, unas mandíbulas de tiburón blanco, un fósil de diente de Tiranosaurio Rex... y la pieza más preciada: un violín rescatado del *Titanic*. También era la adquisición más reciente de su pequeña y heterogénea colección. Pasó el dedo por su maltrecha madera, recordando el día que se hizo con él. Un millón